

SEX
TU
GUILTR
NOS

FUE TAN FÁCIL

Daniel Centeno

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

**EXTINGUIRNOS
FUE TAN FÁCIL**

EXTINGUIRNOS FUE TAN FÁCIL

Daniel Centeno

Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Colección Máquina de Futuros | Vol. IV

Esta obra fue mención honorífica de la convocatoria
Máquina de Futuros 2024, de la revista *Vórtice*.

Centeno, Daniel, autor

Extinguirnos fue tan fácil / Daniel Centeno.- - Primera edición.- -
México : Universidad Autónoma del Estado de Morelos, 2025.

45 páginas . - - (Máquina de futuros ; 4)

ISBN 978-607-2646-29-2

1. Ciencia ficción mexicana 2. Cuentos mexicanos

LCC PQ7298

DC 863.7

Extinguirnos fue tan fácil

Primera edición, agosto de 2025

D.R. 2025, Daniel Centeno

D.R. 2025, Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001

col. Chamilpa, CP 62209

Cuernavaca, Morelos, México

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx

Creación de la colección: Roberto Abad

Corrección de estilo: Dirección de Publicaciones y Divulgación

Diseño de forros, interiores y formación: Lizbeth Zenteno

ISBN colección Máquina de Futuros: 978-607-8951-31-4

ISBN vol. IV: 978-607-2646-29-2

DOI: 10.30973/2025/extinguirnos



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Licencia
Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Hecho en México

*A todos nosotros, que algún día seremos una cosa extinta,
con mi deseo de que no sea fácil.*

LA CULPA EN EL AGUA

Osiel llamó hace apenas unas horas para decirme que ya no soportaba la sed. Necesitaba mi ayuda. Le pregunté si quería que yo fuera hasta él o si prefería venir, y al cabo de un rato escuché su mano golpeando mi puerta, como un adicto que busca su dosis. Apenas lo vi, noté sus labios resecos, la piel agrietada, sus ojos venosos y desorbitados.

—Tengo sed —insistió—. No quiero pedir tu ayuda, pero la necesito.

Aunque mi instinto se había transformado en los últimos meses, y con cualquier otro amigo me habría permitido dejarlo fuera, lo invité a pasar. Después de todo, él siempre ha sido mi mejor amigo. Muchos años atrás, en nuestro primer viaje, me había sacado del agua cuando estuve a punto de ahogarme; me dio su aliento pegando sus labios a los míos, y acabó por usar la fuerza de sus brazos y la calma de su corazón para traerme de vuelta, cuando yo estaba por irme.

“No te vayas, hermano”, me dijo una y otra vez. “Tú me das valor, no me hagas tener este miedo”.

Recuerdo nuestros viajes a la playa, el agua salada que nos quitábamos con cien regaderazos porque ninguno parecía suficiente. ¿Qué había sido de todo ese tiempo? Sin el agua, Osiel jamás me habría salvado. Nuestra historia habría sido imposible en estas circunstancias.

Osiel pasó de largo hacia la cocina; aunque sus ojos se mantenían fijos en el garrafón, se negaba rotundamente a que le ofreciera un poco de agua o que le diera para llevarse a su propia casa. Llegó hasta mi habitación y se recostó en la cama como si fuera un diván.

—¿No quieres un poco de agua? ¿Estás seguro? —le pregunté.

Han sido meses ajetreados. El agua se acabó en todas partes.

Osiel me respondió:

—Vine a soñar en voz alta.

El primero en decir algo fue el gobierno. Sus funcionarios salieron en televisión a tratar el asunto del estrés hídrico. “La gente está consumiendo agua en exceso”, dijeron. En los días siguientes cortaron el suministro público, pero eso no detuvo a nadie de abastecer sus casas con pipas, de robar a los vecinos, de saquear camiones de embotelladoras. El agua estaba en alguna parte, sólo hacía falta encontrarla.

—El otro día tuve un sueño en el que toda el agua del mundo caía en mi boca —me dijo Osiel—. Yo era un gigante, estaba recostado en la tierra, y el agua fluía como un gran río, lleno de barcos que atravesaban mi boca y me hacían cosquillas.

—¿Y te gustó ser un gigante? —le pregunté.

Mi amigo me sonrió.

Tiempo atrás, en uno de nuestros viajes a la playa, encontramos cangrejos azules. A simple vista parecían pequeñas rocas que le debían su color a un simple espejismo del agua. Fui yo quien lanzó el primero y, como un niño, Osiel me respondió. Después trató de golpearme con el que yo le lancé, pero el cangrejo ya se alejaba rápidamente hacia una ola que se lo llevaría lejos. Al darnos cuenta, ambos nos reímos.

“¡Son tan pequeñitos!”, me gritó Osiel.

“Somos gigantes”, le respondí.

Cuando los cangrejos comenzaron a perseguirnos, corrimos de prisa por el miedo, riendo a carcajadas.

“¿Por qué huyes si son tan chiquitos?”, me preguntó Osiel.

Jamás imaginé que los cangrejos vivirían más que nosotros.

El sector privado fue el segundo en tomar la palabra sobre el agua. Las embotelladoras estaban hartas de que sus tráileres jamás llegaran a salvo al final de su ruta, así que amenazaron con irse, retirar la maquinaria y vender el producto en otra parte. Por supuesto, el gobierno no iba a dejar que se fueran. “Son la fuente de tantos empleos”, repetían en todas las noticias. “No podemos permitirnos una pérdida así”.

Osiel, sobre mi cama todavía, alzó los brazos y comenzó a bracear en el aire. Tenía los ojos cerrados, pero estaba despierto. Movía los pies como si nadara.

—¿Estás en medio de la corriente justo ahora? —le pregunté.

Él hizo un ruidito que sólo yo, por nuestra cercanía, o quizá por una suerte de lenguaje secreto, sabía que significaba “sí”.

—Y voy perdiendo contra la corriente —me dijo—. ¿Cómo puede ser tan fuerte? ¿Qué la alimenta?

Osiel me había enseñado a nadar en agua dulce. Yo quería estar listo para nuestros viajes.

“No quiero volver a ser una carga para ti”, le dije cuando me inscribí a clases de natación.

El instructor hacía lo suyo, pero no bastaba. Éramos muchos. Osiel me veía desde fuera de la alberca y negaba una y otra vez, cansado de esperar a que alguien me enseñara a convivir con el agua.

“Me debes lo que sea que cobren por estar en la alberca contigo”, me dijo. Él también se inscribió.

Un día ya no hubo ninguna alberca. Más que convivir con el agua, lo que se necesitaba de todos es que aprendiéramos a vivir en su ausencia.

El tercer actor involucrado no tenía ninguna clase de orden, era todo muy caótico y contradictorio. Las estrellas, los famosos y la gente con poder en la opinión pública, comenzaron a aparecer en todos lados con el rostro cuarteado, los labios secos y los ojos sin una gota de brillo. Hablaban de cómo descubrieron que no necesitábamos el agua.

“Todo comenzó con el engaño de que debemos bañarnos a diario”, había dicho una superestrella juvenil luego de raparse; días atrás los paparazzis habían confundido su cabello con un nido para aves. “Luego nos hicieron creer que debíamos beber agua todos los días. Insistieron en los beneficios de tener plantas y mascotas, pero eso último fue un error, porque sólo absorben nuestra energía, consumen demasiada agua. Tenemos que cuidar al planeta”.

—¿Escuchaste lo que dijeron el otro día en la tele? —me preguntó Osiel.

Yo estaba abstraído en mi memoria, en el recuento de cómo el agua se nos había escapado primero de las manos, luego de nuestras bocas, y al final ya ni siquiera nuestro aliento conservaba su humedad.

Aunque yo no tenía derecho a incluirme en ese *nosotros*.

—No, ¿qué dijeron? ¿Algo interesante?

—Un actor de cine, no sé ni cómo se llama. El que salió en la última que vimos, tú ya sabes cuál, le dijo a todo el mundo que beber agua es un asunto de debilidad. ¿Puedes creerlo? Que el agua es la forma primitiva en la que nos mantenemos vivos. “Tenemos que evolucionar y ser más fuertes”.

Aunque la aparición de los famosos tardó en causar un efecto, poco a poco se pudo notar: la gente olía mucho a perfume, llevaba gorro a todas partes o, en su defecto, se cortaban el cabello, como habían visto que lo hacían las superestrellas.

—Tú sabes cómo lo hicieron, ¿verdad? —me preguntó Osiel. Se había sentado en la cama, con el rostro perdido en el mío, como un marinero que sigue un faro entre la bruma.

Aunque tenía sus ojos fijos en mí, no lograba encontrarme del todo; por momentos, incluso si yo también lo miraba, tampoco sentí que pudiera. La deshidratación aturde, incluso si no es la tuya.

—¿Y yo por qué voy a saber? —le dije—. No soy una superestrella, ni una embotelladora de agua, ni tampoco soy del gobierno.

—Pero tú les ayudaste, ¿verdad? Tú sabes que sí. Eres psicólogo. Tú usas... ¿cómo le llamaste?

—No sé de qué hablas.

—Siempre insistes con eso y ahora resulta que no sabes. Hasta usas como ejemplo la gripe. ¿De veras no te acuerdas?

—¿El contagio social?

—¡Eso! —me dijo, con la expresión agrí dulce de quien sabe lo que no debería—. El contagio social. Tú lo usas para que la gente acabe creyendo una idea. Trabajas en una idea y programas los mejores mecanismos para que todos acaben enfermos, para que sea parte de nuestra cultura. Qué tecnología tan ruin, ¿no crees? No se supone que la psicología sirva para que aceptemos una muerte injusta, sino para que la resistamos. No digas que no, no me mientas. Yo sé que tú sabes cómo lo hicieron.

Y sí, sabía.

Aunque no se supo públicamente, nos habían convocado a todos los psicólogos con algún nivel de importancia en la academia, en los colegios de la profesión, en las universidades. Nos pidieron que ideáramos la forma de reducir al mínimo el consumo de agua, que tratáramos a la hidratación como a una idea compulsiva y no nos detuviéramos hasta haber curado a nuestros pacientes. Nos pidieron que lo viéramos así: “Todos están enfermos, aunque no lo parezcan, pero es cuestión de tiempo para que se noten los síntomas”. La enfermedad, por supuesto, era el consumo de agua. En todas partes se dijo que hacía falta, pero ninguno de los involucrados en su uso y distribución estaban dispuestos a ceder su parte. Que toda la

gente hubiera dejado de bañarse no bastaba, era mejor cambiar la percepción del público sobre el consumo para beber, pero no sabían cómo.

—¿Tú sabías que los diamantes no valían nada? —me preguntó Osiel, ya de pie en la puerta de la habitación, mirando otra vez el garrafón. Ya me había contado esa historia, pero debió olvidarlo por la sed. Aun así, no me pidió que le diera agua. No me pediría nada. Él me quería tanto como yo a él, y sería incapaz de arrebatarme el agua para saciar su sed; o quizás es otra cosa, que no sé leer en él—. Los diamantes eran piedras con poco valor. Nadie quería comprarlos. A nadie le importaban. Un buen día, a alguien se le ocurrió que podría hacer que los diamantes significaran algo, que su valor no fuera en dinero, sino en amor. Entre más grande era un diamante, que debías regalar para comprometerte en matrimonio, más grande era también el amor de quien te lo proponía.

—Es un fenómeno muy extraño —le contesté. Me paré y lo hice a un lado tiernamente. Llegué hasta donde tenía el agua y le serví la mitad de un vaso.

—No quiero —me despreció.

—Pero la necesitas —le contesté.

Trataba de sonreírme y se le partían los labios.

Abrí el congelador y puse unos hielos en el agua, porque beberla fría es una forma de engañar al cuerpo: te hace sentir saciado cuando lo único que hace es refrescarte, un efecto superficial que la sed disipa pronto. Uno se engaña todo el tiempo con varias formas de frialdad, no sólo con la del agua, como pasa con la gente fría, que da poco afecto, y tiene detrás suyo a ejércitos de quienes le aman. Los famosos y la gente del gobierno lograban refrescar a la gente con sus promesas y sus soluciones, pero eran vacías, no duraban mucho. Osiel era lo contrario. Con él me bastaba como amigo para sobrevivir. Yo le habría dado toda el agua del mundo, pero, ¿de qué servía si él no iba a beberla?

Puse mi mano en su espalda y lo miré con súplica hasta que le dio un trago al vaso.

—¿Y tú sabes cómo lo lograron? —me preguntó. Luego, cuando tosió, le di palmaditas en la espalda hasta calmarlo, hasta que sus ojos se humedecieron un poco por la asfixia.

—Sí, lo sé —le dije.

No era por exceso de agua que mi amigo se ahogaba, sino porque su entera constitución estaba comprometida con su ausencia.

“Tienes que aprender a convivir con el agua de esta alberca antes de nuestra próxima vez en la playa”, me dijo tiempo atrás, mientras nadábamos uno junto al otro. “Me gustaría viajar más seguido contigo, pero me da tristeza pensar que no puedes seguirme cuando nado. Supongo que eso va a cambiar”. Pero no lo hizo. No volvimos a viajar luego de que él supo lo que hice. De su rostro estilaban gotitas que, por efecto de la luz, parecían ser parte del brillo de su cara. “Lo que quise decir es que estamos hechos casi enteramente por agua, ¿no? No saber convivir con el agua es como no saber estar con uno mismo, estar lejos del agua es estar lejos de quien eres”.

Ahora que había tan poca agua en todas partes, ¿en qué convertía eso a nuestra entera constitución? ¿En nada?

Yo fui el que les dio la idea. Les hablé de los diamantes, la historia que Osiel me contó. Yo insistí en darle al agua un valor emocional, como algo precioso. “Con el agua sería más fácil que con los diamantes”, les dije. “El agua tiene valor por sí misma, así que su costo puede ser incluso mayor que el de un diamante, si sabes venderla”.

Yo fui el cuarto involucrado en esta crisis del agua, el último. Gracias a mí, los famosos hablan del agua para beber como un lujo que sólo ellos pueden permitirse gracias al amor

de su público. El precio subió en todas partes. El agua se volvió un bien incosteable por el que la gente se pelea entre sí, ignorando a quienes la encarecen. La hidratación requiere esfuerzo y sacrificio, una mentalidad distinta.

Cuando Osiel al fin recobró el aliento, puso su mano en mi espalda y me preguntó si recordaba las historias de futuros distópicos con máquinas asesinas que acababan con la vida en la Tierra. Su mano estaba fría. Le dije que sí.

—La psicología es una de esas máquinas —me dijo, y volvió a recostarse en mi cama.

Mientras se quedaba dormido, lo oí murmurar algunas cosas sin sentido, delirios de deshidratación. Me decía que era pequeñito y cabía en el interior de una botella, que el aire debía de cambiar su estado y entrar en nosotros como agua, que no entendía por qué yo siempre tenía garrafrones en la cocina o hielos en el congelador. Luego abrió ligeramente los ojos y me dijo:

—Te equivocaste. Todos nos equivocamos.

Osiel no roncaba, pero cuando el agua se volvió tan costosa que casi no podía pagarla, comenzó a tener problemas con su respiración y sus ronquidos se volvieron insoportables. Cuando él dormía en casa, yo me quedaba despierto observándolo. Era la culpa la que no me dejaba dormir. Le pedí que se mudara conmigo, pero se rehusó a ser una carga.

—No voy a quitarte tu agua —insistía—. Es tuya y de nadie más.

Pude haberle dicho que todo era mi culpa y que siempre habría agua en mi cocina. Que jamás pasaría sed, porque tenía “regalías” por mi gran idea: el agua se había vuelto gratis para mí. Las empresas y el gobierno podían costearse eso, al final. Yo les había dado mucho.

No tuve corazón para decirle a mi amigo todo lo que le había quitado, aunque él ya sabía. ¿No lo supo siempre? Él no habría querido beber de mi agua. Apenas aceptaba lo suficiente para no morir, cuando no lograba conseguir un poco,

pero ya ni siquiera eso. Él no quería sentir culpa por beber el agua que le quité a todos, no sólo a él; tampoco podía dejarme solo. Cuando Osiel tocó mi puerta, pensé que de haber sido otro no le habría abierto, pero la verdad es que ya nadie toca la puerta. Ya nadie está conmigo. Aunque hubiera tratado de disimular, los otros podían ver en mis ojos y mi boca que yo estaba hidratado.

Acabo de despertar. Hace mucho que no dormía así de bien. Tener a mi lado a mi mejor amigo calma mi corazón. Me hace sentir el valor que pierdo cuando recuerdo quién soy.

Me toma apenas un momento darme cuenta. Osiel no roncó anoche. Eso también es mi culpa.

LA EXTINCIÓN DE LOS PATOS

Al molestarse, y eso pasaba cada vez más a menudo, Oli estiraba su cara lo más que podía, como si estuviera sorprendida del modo que sólo las grandes epifanías hacen posible. La gente me decía que sólo las niñas listas se sorprenden por todo, que debía de estar orgulloso. Hace apenas un par de años, Oli acomodaba su rostro manualmente con sus dedos hasta tener la expresión adecuada: la veía batallar especialmente con su frente, que se resistía a no estar del todo contraída en el ceño, pero mi niña es más fuerte que unos músculos resentidos y al final se salía con la suya.

Aquella semana cuando comenzó todo, mientras la llevaba a la escuela, la escuché repasar el itinerario de sus sueños: habría muchas papitas, una sesión de belleza para peinarnos y pintarnos las uñas, unas cuantas luchas de la UFC. A Oli le gustaba ver a la gente rodando en el suelo, agarrándose los brazos y las piernas. Al terminar de ver una pelea juntos, me decía: “Dejan de pelear porque estuvieron muy cerca, ¿te diste cuenta?”.

Todo eso estaba bien. Todos los planes variaban según el ánimo de mi niña. Pero primero iríamos a ver los patos en el lago artificial, junto al fraccionamiento en el que vivíamos.

En medio de un montón de fraccionamientos se encontraba un pequeño lago con una isla en el centro. Oli me la hizo notar la primera vez que la llevé ahí con la suficiente edad para decir algo más que onomatopeyas.

—¿Quién se sienta en esa silla? —me preguntó.

Fui yo el que puso cara de sorpresa al notar que esa tierra había estado ahí, invisible para mi atención adulta.

En la islita a mitad del lago artificial se encontraba un árbol, y en su sombra una silla en la que caben dos personas con ganas de proximidad.

—Los patos —le contesté—. ¿Los ves? Son los únicos que pueden llegar hasta la silla.

Yo estaba haciendo un chiste, pero las niñas pequeñas no comprenden que estás bromeando cuando lo que en realidad estás haciendo es mentir. Por supuesto que ahí no se sentaban los patos, yo sabía que no era así, ¿por qué no podía decirle que no sabía? A lo mejor era más fácil contarle una historia de patos con complejo de humanos que decirle que fui distraído, tanto que ella sabía más que yo del asunto; a lo mejor ya me había acostumbrado a mentir. Era más fácil decirle que los patos se sientan en sillas para mirar las estrellas, aunque desde ese asiento sería imposible; o eso pensaba: que el árbol cubría todo el horizonte que le había sido destinado a ese diminuto punto de tierra.

Desde entonces, Oli se enamoró de los patos, y eso no ha cambiado sin importar que todo lo demás sí: que mamá se haya ido de casa, que sus nuevos compañeros no la visiten porque la cambié de escuela a una que queda más lejos, que el mundo se haya puesto de cabeza por una extinción. Los patos debían de ser una constante de ese paisaje que no se iría a ningún sitio; siempre estarían en el lago para darle la misma calma que presumían al nadar tan despacio en un mundo que avanza tan de prisa. Los ojos de los patos, diminutos puntos negros visibles a cualquier distancia, siempre debían de estar como sorprendidos, con la pupila completamente negra, expectantes como Oli ante la vida, cuando se molesta.

Oli estaba molesta conmigo porque una semana atrás le prometí que sería nuestro día. Luego me aparecí en su habitación para decirle que su tío la cuidaría, porque había surgido una emergencia y yo tenía que atender a un paciente.

—¿Qué sientes porque papá vaya a atender a un paciente? —le pregunté luego de ver su rostro como sorprendido.

—No, papá, no siento nada. Me da igual. Vete.

Vi la tristeza que enturbiaba cualquier otra emoción que tuviera, sus pequeños ojos de pato fijos en mí. Yo creí que ni

ella misma se daba cuenta de cuánto le sorprendía controlar su emoción siendo tan pequeña.

Mi paciente, a quien llamaré M., me había estado enviando mensajes durante aquella semana. Era uno de esos pacientes que acudieron a mi consulta recién en esos últimos meses, todos con más o menos los mismos síntomas. Cuando lo recibí en el consultorio, M. comenzó a contar una historia que más bien me pareció un buen sueño. Hablaba de volar, de que el cielo jamás le había parecido tan cercano, de unas vacaciones en un río, al que se metía a nadar y del que ya nunca salía.

—¿Y cómo te sentiste luego de soñar eso? ¿No crees que vale la pena intentarlo en la vida, M.? No sé si hay lagos cerca de aquí, pero tampoco deberían de estar tan lejos.

M. había impreso un mapa del país y señaló en él todos los lagos que aún estaban lo suficientemente limpios y abastecidos de agua para nadar en ellos. Aquello me pareció un comportamiento obsesivo, pero lo dejé pasar porque al menos significaba que una parte de él ya no estaba pensando en aquello que lo llevó a consulta.

Como tantos otros pacientes, su malestar había comenzado con una extinción. La de M. había sido la del oso polar. Poco a poco, con el deshielo, los osos habían llegado hasta los pueblos, se metían a las casas y a los bares, se quedaban de pie en las cocheras, como esperando a que los habitantes anteriores desalojaran lo que por su culpa debía ser la casa de otros. Hubo quienes trataron de convivir con los osos. Algunos incluso les construyeron camas en los patios, como si estos animales majestuosos y parias del norte, pasados de musculatura, fueran sus perros. Otros los llevaban a todas partes como sus guardianes. Unos cuantos más los metían en jaulas y los hacían pelear en competencias absurdas en las que todo mundo se bañaba con vodka, se quitaban las camisetas y celebraban haciendo agujeros en el hielo, donde cada vez se metían más fácil porque el hielo era más frágil y ahí abajo hacía menos frío. Sin embargo, también hubo quienes

comenzaron a cazarlos. Al final, estos fueron más. Los cazaron en los hogares, sobre sus nuevas camas; los cazaron mientras resguardaban a los humanos; incluso los cazaron en las jaulas, en las que, enfrentándose el uno al otro, no tenían tiempo para defenderse de las armas que les darían fin.

Un día anunciaron su extinción en las noticias y resultó imposible de creer; por supuesto, nadie hizo nada para evitarlo. Ir para manifestarse a un país asolado por el frío exigía un sacrificio mayor. Algunos gritaron, sí; se quejaron, también... pero casi ninguna palabra es acción.

Así que M., que tenía una pareja estable, un buen puesto en una empresa de tecnología y un gran sentido de propósito, se encontró un día con que ya no quedaban osos polares en el mundo, que se habían vuelto una historia que alguien no sería capaz de creer en el futuro, que su blancura se iría haciendo cada vez más blanca, conforme de ellos ya sólo quedaran las fotos y la gente se asegurara de manipular su imagen hasta borrarlos por completo, hasta que ya ni siquiera su recuerdo fuera realmente suyo. M. no lo pudo soportar.

Supo que yo había estado atendiendo casos extremos de duelo. Me dijo:

—No hay ninguna pérdida más extrema que una extinción.

No se me ocurrió cómo refutarlo, así que desde entonces se volvió mi paciente. Con él, llegaron otros. J., una chica a la que la extinción de los peces koi la hizo abandonar su trabajo, llenar su casa de peceras y estanques y alimentar a cientos de otras especies que ella creía que serían las siguientes en desaparecer. A., un hombre más o menos de mi edad, padre, como yo, también de una niña, un hombre duro, criado como los de antes, incapaz de expresarme del todo cómo se sentía; un día no pudo más al escuchar en la radio que, luego de semanas de búsqueda, había sido imposible encontrar un solo ajolote en el mundo... Aquello lo devastó. A. tenía un billete con un pequeño ajolote en él, y aunque no sabía que

todo mundo hablaba de ellos, ni siquiera conocía cómo se llamaba aquel animal, lo amó; algo en la paz juguetona de su expresión le hizo proyectar traumas profundos que no sabía cómo compartir.

Sin embargo, igual que las últimas sesiones, M. había llegado ese día hablando del cielo y de los lagos, e incluso localizó todos los lagos en los que podría meterse a nadar. Yo estaba pensando en Oli, en lo molesta que estaba conmigo. Pensaba en los patos.

Así que, sin poder evitarlo, le pregunté:

—¿En cuáles de esos lagos hay patos?

M. se soltó a llorar como si le hubiera dicho que iba a morir.

—En ninguno —me contestó—. En ninguno.

Apenas llegué a casa de mi hermano, le agradecí por cuidar a Oli y la llevé a ver los patos.

—Ya sé que estás molesta conmigo —le dije.

—No estoy molesta. Me da igual.

—No es cierto, no te da igual.

—¿Tú sabes mejor que yo cómo me siento? —me reclamó.

Alzando una ceja, la miré por el retrovisor. Ella tenía un punto. Se dio cuenta de que estaba en lo correcto, y quizá por eso la vi sonreír.

—Te prometí que veríamos a los patos, y vamos a ver a los patos.

—Pensé que íbamos a casa.

—Los patos están cerca de casa —le dije.

Hacía ya un par de meses que no la llevaba a verlos. ¿Quizá más?

—¿Hace cuánto que no te llevo?

—Un año —me dijo.

—No es cierto, te llevé poquito antes de tu cumpleaños; también poquito después, ¿no?

—Mi cumpleaños fue hace un año.

—No te hagas la lista —le dije.

Ella soltó una carcajada.

—¡No me hago la lista, soy muy lista! Además, tú no me llevaste. Me llevó mamá.

Su madre la visitaba cuando quería, un fin de semana, cada tres meses, a veces menos. Decía que yo no entendía su dolor. Pero cuando le proponía compartir su custodia, se adelantaba hacia su auto y se negaba. Ya había pasado un año desde la última vez.

Cuando al fin llegamos al lago artificial, estaba oscuro, así que no se veía gran cosa. No sería la primera vez que el día se me pasaba volando y yo acababa cumpliendo mi promesa hasta la noche, con tal de que no llegara la mañana siguiente y ella pudiera acusarme de haber roto mi palabra.

En el agua, que parecía ser más que nunca un espejo del cielo ahora que estaba completamente oscurecido, no se veía el lento nado de los patos, ni se les podía escuchar haciendo ruido. Otras veces, su graznido tan característico nos ayudaba a percibirlos cuando los ojos no nos permitían encontrarlos.

“¡Allá están!”, gritó Oli una noche, años atrás, al oír a los patitos bebés graznando torpemente sobre la hierba, cerca de una banca fuera del estanque. Su madre debía de estarlos alimentando, o quizás era la madre la que ya no estaba. No teníamos forma de saberlo en la penumbra. Quizá volvería, aunque no supiéramos cuándo.

Pero esa noche, mucho después... la noche en que M. me dijo que ya no había patos en ningún sitio, el pequeño lago artificial se mantuvo en silencio hasta que Oli empezó a llorar. No tuve que decirle nada. Nadie tuvo que anunciarle en las noticias que ya no estaban ahí. Oli era muy lista, me lo decía todo el mundo.

Cuando me agaché para abrazarla, vi esa misma expresión de asombro que tenía siempre que trataba de disimular su molestia. Por primera vez en la vida no supe cómo se estaba sintiendo. No tenía ni idea de si su asombro era real, porque era imposible de aceptar que los patos se hubieran ido.

Si los patos ya no estaban, el mundo entero podía derribarse.

M. acudió a la siguiente sesión con más o menos la misma cara de inaudita pesadez que Oli mantuvo esos días. Llevaba un pequeño pato amarillo, de plástico, anidando en su cabello. Hacía mucho que esos patos habían estado en todas partes, principalmente en la cabeza de los niños, pero no exclusivamente. Nunca supe por qué, ni cómo comenzó la costumbre de llevar un pato. Un día, de la nada, la gente se deshizo de ellos como luego acabaron deshaciéndose de los patos de verdad. Si ya habían probado ser fáciles de desaparecer hechos de plástico, ¿no sería aún más fácil cuando estaban hechos de carne y plumas?

Yo pensaba en esas tonterías cuando él me señaló el pato en su cabeza. Me dijo:

—Los patos no se merecían lo que les pasó.

Luego lo escuché graznar.

En mi consulta había pasado un poco de todo, principalmente después de que los dolientes por extinción comenzaron a ser la mayoría de mi clientela. Pero esa fue la primera vez que un paciente simuló ser el animal por el que se lamentaba.

—Lo siento —me dijo—. No quise hacerlo. Escuché que la voz es lo primero que olvidamos de aquellos que se van, así que estoy practicando mi graznido. No quiero olvidarlos.

Le sonreí tiernamente, o quizá con la más sincera de las compasiones. Era la compasión de un padre que sabe que trajo

al mundo a una hija sólo para que el mundo le vaya quitando todo después. En M. yo podía ver a mi hija, triste en su habitación, metida en una pequeña alberca que pidió que hiciera para ella, donde se quedaba en silencio, mirando al vacío.

Me acerqué a él, puse mi mano en su hombro, y le dije que yo no lo juzgaba.

—¿Sabe? Los especialistas dicen que cuando muere alguien cercano a nosotros es normal que utilicemos algo que le pertenecía: puede ser un reloj heredado, unas botas demasiado grandes para un niño que quiere sentirse grande como su padre cuando ya no está, alguna comida que preparó, guardada en el congelador, y que uno trata de replicar sin lograrlo, pellizcando la original de a poco, para no agotarla.

—¿Usted cree que es sano? —me preguntó.

Frente a mí, en aquel hombre, estaba la imagen Oli. Tenía un patito sobre su cabeza, vivo, perdido, en espera de su madre. Graznando inútilmente.

—Es inevitable —le dije.

Esa noche, al llegar a casa, le pregunté a Oli cómo se sentía, y cuando invariablemente me dijo que le daba igual, que no sentía nada, le pregunté si le gustaría jugar a los patos. Ella me ignoró, así que comencé a graznar por toda la casa. Me alejé como se alejan los patos adultos esperando que los más pequeños los sigan. Le estaba mostrando el camino para que sanáramos, no sólo por la muerte de los patos sino por otra cosa, que ella no se atrevía a decirme.

Oli me siguió toda la noche. No sé decir si jugamos, o si aquello fue una forma de psicoterapia; quizás una encubre a la otra, como la sorpresa de Oli trataba de ocultar su molestia. Luego, mientras escuchaba a mi niña graznar, me quedé pensando en qué otras cosas, cuántas emociones estaría ocultando su sorpresa, así que puse atención a sus

graznidos, más atención de la que había puesto nunca en aquel lago al que tardé en notar su islita en el centro, con una silla para descansar, más incluso que a mis pacientes. A lo mejor, al bajar la guardia como un pato yo podía oír en mi hija lo que le dolía en verdad. Un graznido podía significar una cosa, otro podía ser una señal de peligro. Los patos mayores siempre habían podido comprender el llamado que hacían sus hijos. Ahora que ya no estaban, teníamos que hacerlo nosotros.

En nuestra siguiente sesión, le propuse a M. un juego similar al que había jugado con Oli. Él me preguntó si estaba bromeando, pero su pregunta no tenía indignación, sino curiosidad. ¿Acaso yo se lo permitiría? Parecía haber estado esperando a que yo se lo sugiriera.

Durante una hora escuché a mi paciente graznar con las piernas hundidas en el sillón. No sólo hacía los ruidos de un ave, sino que se comportaba como una. Su boca buscaba en los pliegues de su piel lo mismo que los patos buscaban entre sus plumas. Al decirle algo que llamaba su atención, fijaba sus ojos en mí con la misma inexpresividad de un pato, cuyo rostro no puede simular humanidad.

Cuando M. se fue, le pedí a mi recepcionista que me ayudara a buscar cómo había comenzado la extinción de los patos. Yo no terminaba de comprender cómo era posible que los patos se hubieran extinguido. Una parte de mí, en el fondo, debía de pensar que todo eso era un chiste, una mentira.

Mi recepcionista no me dejó ni darme la vuelta, porque ella sabía muy bien cómo comenzó.

—Los patos eran seres asquerosos —me dijo muy segura—. Qué bueno que ya no existen.

Entonces lo vi.

Tiempo atrás una mujer había grabado a los patos de un lago artificial como el de las afueras de mi fraccionamiento. Hay tantos fraccionamientos, lo que significa igual cantidad de patos, en todas partes. Inevitablemente la cercanía acabaría provocando que alguien notara algo de lo que jamás se había dado cuenta. La mujer vio, al grabarlos, cómo procreaban.

“¡Pero cómo es posible!”, gritaba la mujer en el video.

El pato había nadado velozmente hacia una pata. Normalmente nadan tan lento que uno olvida lo rápido que podían moverse si querían. Él la quería a ella, así que la sumergió, dejó caer todo su cuerpo encima de ella, la hundió, ocultándola por completo. La hembra desaparecía; sólo una parte del pato quedaba en la superficie. Y aunque sus rostros no cambiaban de expresión, como pasa con los humanos, aunque no es así como se comunicaba su especie, podía verse que el pato tenía una cara distinta, maliciosa incluso. Por supuesto, la malicia de los patos era una impresión mía, una proyección idiota, pero la mujer no se dio cuenta de ese juego causado por su percepción, de su error, de su falso convencimiento. Ella vio maldad en el pato y no simple reproducción animal, y acusó al pato de haber atacado a su pareja a la vista de todos. Hizo un llamado a que la gente detuviera esa aberración. Le pidió a alguien más, que estaba a su lado, que sostuviera el celular para que ella pudiera entrar al lago. Y así lo hizo. Tomó al pato con sus manos y, con la mayor impunidad, cometió un asesinato.

“Deténgalos, no podemos permitir esta violencia. Los patos están frente a nuestros niños, ¿qué van a aprender de ellos?”.

Aquella mujer estaba fuera de mis capacidades. Yo no habría podido ayudarla a sanar su conciencia fracturada. Pero era tan obvio su delirio, ¿quién podría hacerle caso?

Mi recepcionista parecía tener la respuesta. Me enseñó muchos otros videos. En todos ocurría más o menos lo mismo:

tomaban a los patos, daba igual que estuvieran en un lago artificial o junto a un río, o en una casa, como mascotas. Se volvió un reto tan viral que en su momento la gente llevó patitos sobre sus cabezas. Tomaban a los patos por el cuello y los hacían girar en el aire, como se mataba antes a las gallinas en los pueblos. Los patos se resistían agitando sus alas con violencia, pero ya había quedado claro en aquel primer video que la violencia que ellos ejercían era intolerable, incluso si se trataba de sobrevivir.

Me alejé de la computadora, en donde estaba viendo los videos, y pedí que se cancelaran las sesiones del resto del día.

“Nadie nos dijo que extinguirse era tan fácil”, suspiré. Sentí tanto asco de ser humano que, por un momento, más que gritar con rabia, quise graznar. Me pareció más digno.

Oli me pidió con graznidos que la llevara al lago artificial. Estiraba su cuello, de camino a casa, apuntando en esa dirección. Me negué, pero ella se resistió a salir del auto. Agitaba sus brazos, ansiosa, desesperada. Quería irse volando de ahí. Ella habría ido sola, pero era tan pequeña. Me necesitaba. ¿Yo iba a decirle que no? ¿Con qué cara?

Cuando al fin llegamos, no pude evitar llorar un poco. El lago estaba seco. Se podía pasar caminando hasta el montículo de tierra que antes había sido una isleta, en donde seguía la silla y donde se podía descansar un poco. Oli corrió moviendo hacia atrás sus brazos, como si se impulsara nadando, y llegó hasta la silla, se subió en ella y se quedó ahí, esperándome. Yo no pude seguirla. Me parecía todo tan triste y tan ridículo, tan imposible de manejar. ¿Por qué había aceptado a esos pacientes? Yo no podía ayudarlos. Ni siquiera podía ayudar a mi hija, a quien conocía de todo, incluso de lo que no podía decirme. ¿Cómo ayudaría a mis pacientes? Con todo lo que me ocultaban, ¿cómo podría comprenderlos?

Me senté a la orilla de la tierra húmeda, donde debió comenzar el lago. Me quedé ahí observando a mi hija. Ella comenzó a graznar un lamento tan nítido e incontestable que todos a nuestro alrededor, incluso los que no la habían visto jamás, y no tenían idea de su dolor, pudieron comprenderlo.

Al poco tiempo, el resto de mis pacientes comenzó a hablar de los patos. Habían visto un video de una niña graznando en un lago artificial y se habían compadecido de ella. Ninguno sabía que se trataba de mi hija. “Esto no puede seguir así”, me dijeron. “Es abominable”, “Una niña no debería de sufrir tanto por nuestra culpa”. Cada uno por una razón distinta, como distintas eran las condiciones de cada extinción, comprendieron lo que tenían que hacer para remediar lo que parecía sin arreglo.

Todo el mundo parecía haber visto el video. Recuerdo haberme preguntado: “¿Acaso no va a llamarla, por lo menos? ¿Ni siquiera ahora? ¿No va a consolarla?”.

A., que tenía una hija como la mía, me dijo que si su hija hubiera sido esa niña, si su hija se hubiera puesto a graznar de dolor, él se habría arrancado la ropa en ese instante, se habría pegado plumas al cuerpo y habría adoptado la identidad de animal por el resto de sus días.

J. me dijo que la extinción de los peces koi tenía más sentido que la de los patos.

—Es decir, los patos tienen su emoji, sus caricaturas, sus peluches, están en todas partes. Incluso resultaban deliciosos, sabiendo criarlos como alimento. Ya no existe ninguna de esas cosas —me dijo—. Es una estupidez haberlos extinguido.

M., sin embargo, dejó de asistir a las sesiones. Al principio no supe qué fue de él. Le pedí a mi recepcionista que

lo llamara, que buscara su contacto de emergencia. Porque incluso si nada en su conducta era alarmante por sí mismo (bueno, estaba su graznido, pero poco más), su desaparición en mi consulta sí lo era.

Al poco rato, como si le hubiera encargado otra vez que buscara un video para mí, la recepcionista me pidió que me sentara, respirara con calma y viera lo que había salido en las noticias de esa mañana.

Estaban cubriendo la noticia de los despidos masivos en una empresa de tecnología y pasaron un gran edificio en la pantalla. Un hombre, al que reconocí de inmediato, había dejado una caja con sus cosas junto a la entrada. Debía de estar muy vulnerable por el despido. Dejó también la ropa, y cuando se quedó completamente desnudo, pegó el cuerpo al suelo y comenzó a graznar.

La gente de los noticiarios decía que aquello era una protesta, un eco de la extinción de los patos. Los ingenieros también se convertirían en una especie en extinción a causa del trabajo automatizado y la economía en recesión. En internet, las personas grababan su rostro y comentaban aquel video en tiempo real, imitando al hombre a manera de burla, pero también haciendo resonar su protesta. Muchos se identificaban con lo que él estaba haciendo, como lo habían hecho con mi hija cuando se volvió viral y yo no pude hacer nada al respecto. Habían comenzado a decirle *La niña pato*, los niños agitaban sus alas junto a ella, burlándose. Oli, por supuesto, sabía muy bien cómo pelear; tanto mirar a las peleadoras de la UFC le había enseñado eso. Así que, cuando iba por ella a la escuela, la maestra y la directora la acusaban de violenta.

—¿Igual que a los patos? —les decía como chiste, tratando de hacerles ver lo ridículo de que fuera mi hija la regañada, cuando sólo trataba de sobrevivir. Ambas se enfurecieron.

—¿Podemos hablar con su madre?

—Claro, a lo mejor a ustedes les contesta.

Fue inevitable que todo comenzara a salirse de control, que nadie comprendiera qué estaba pasando. Sólo yo tenía todas las piezas.

—Necesito tu ayuda —le dije una vez más a mi recepcionista—. ¿Tú sabes algo sobre cómo grabar videos y hacerlos virales?

Ella soltó una risita.

Cuando llegué a casa, mi hermano me esperaba con Oli. Los dos estaban viendo el video que hice. Oli ya no estaba graznando, ni me esperaba en la tina de agua, ni insistía en que la llevara al lago artificial. Oli me gritaba:

—¿Dónde está la mamá de los patitos?! Ella no sabe que ya no están.

Corrí para abrazarla. Sus ojos expresaban una tristeza descompuesta, imposible de confundir con ninguna otra cosa más que con la muerte. Al fin podía expresarse. Ella me miró como esperando no tener que decir nada más, pero yo quería escucharla. Así que la presioné:

—¿Cómo te sientes? ¿Te sientes triste? ¿En quién estás pensando?

Luego de eso la emoción se escondió hasta en sus ojos. Volvió a graznar, y entonces fui yo quien se descompuso.

Perdí la cuenta de los días que mi hija pasó actuando como pato, los días en que ya no pude llevarla a la escuela y tuve que cancelar mis sesiones, derivar a mis pacientes con otros terapeutas, vivir de ahorros. No podía dejarla sola, pero nadie quería estar con ella. Era la niña pato, la que comenzó todo; la niña pato que descompuso al mundo.

El video que yo había grabado antes pretendía ser un llamado a la calma. Había dicho: “El duelo es natural en los humanos, y no puede ser menor cuando se ha extinto una especie. Hemos confundido lo animal con lo humano y el costo de nuestra confusión son millones de vidas”.

La gente me reconocía en la calle como reconocían a mi hija. Algunos me culpaban, otros parecían estar agradecidos.

“Lo menos que podemos hacer es tratar de compensar todo el dolor que hemos hecho siendo compasivos, debemos dejar que la gente exprese su dolor como le venga en gana. Si les sirve salir a la calle y graznar como pato, háganlo. No están locos”.

Y así lo hicieron.

Gente de toda clase de estrato, color de piel, género; gente de aquí y de otros países; no importaba el contexto, alguien salía a la calle, se quitaba la ropa y comenzaba a lamentarse como los patos, hasta que de pronto ya no lo hacían. Algo de ese dolor permanente se silenciaba al mantener viva la especie, incluso si era de esa forma. Había, en todas partes, una suerte de propósito mayor, de logro para con la vida.

“Lo verdaderamente enfermo sería guardar todo ese dolor”, les dije, “¿para qué? ¿Para el futuro? ¿Para quién lo estaríamos guardando? Temo que, si seguimos guardando todo ese dolor, el duelo por la próxima especie que se extinga acabe por aniquilarnos. Tenemos que hacer algo, incluso si lo que hacemos es un juego”.

Me llamaron muchas veces para entrevistarme. Querían saber cómo me atreví a hacer esas declaraciones si yo era un profesional de la salud, si tenía un título y una cédula y una larga experiencia que de ninguna manera les hacía pensar que pudiera haber perdido la cabeza de repente.

—Los patos también perdieron su cabeza de repente—les dije, y no volví a hablar con la prensa.

Quería que lo olvidaran, que mi hija pudiera volver a salir a la calle, que mis pacientes volvieran a terapia por ansiedad,

depresión o cualquier padecimiento que no tuviera que ver con las extinciones masivas.

Pero también quería que los patos no se hubieran extinguido y, sin embargo, lo hicieron.

Una noche, mientras lloraba en mi habitación y Oli dormía, escuché graznidos a lo lejos. El sonido de los patos era inconfundible. Aquel murmullo nunca se había escuchado tan cerca de casa, pero era idéntico a cuando nacían muchos pequeños patos, y los mayores guiaban a los otros por primera vez en el lago artificial. Salí de casa ignorando a toda la gente que rodeaba la entrada, que también se habían dado cuenta del ruido.

Corrí lo más rápido que pude hasta el montón de tierra seca en el que se había convertido todo, y en su lugar encontré un lago. No lo podía creer.

Volví a casa y levanté a Oli.

—Tienes que ver esto —le dije—. Tengo algo que mostrarte. Algo para que ya no te sientas así de triste nunca más.

Los ojos de Oli parecieron encenderse no sólo con su despertar, sino con otra cosa, como si la luz de las estrellas se hubiera colado por el techo, como si éste no existiera y nada nos impidiera recibir su brillo.

La llevé entre los brazos, impidiendo que otros vieran su cara. Pero no fue necesario. Los medios habían ido con sus cámaras hasta el lago artificial, desde donde se podía ver a casi toda la gente de los fraccionamientos vecinos metida ahí dentro, nadando con una naturalidad que exigía creer que nunca habían sido otra cosa, que nacieron para ser patos.

—¡Míralos! —le dije a Oli, apartándola ligeramente de mi pecho para que pudiera ver. Señalé en dirección de los patos, de los patos bebé que seguían a los mayores, de la silla que estaba esperando por nosotros.

Oli y yo nos habíamos distanciado mucho. Aquello no era un juego. Yo no podía perder a mi hija. No podía dejarla huérfana. Me quité la ropa y me metí al lago, al que jamás imaginé que entraría. La vida te hace dar saltos de fe, también saltos al agua. Oli me siguió, y me alcanzó con su nado tranquilo.

Los dos dimos varias vueltas al lago artificial, graznando, hasta que noté en su voz que algo se había ido aligerando. Volteaba a verla y sus alas se elevaban por los aires, lanzaban gotitas de agua hacia mí con la punta de sus plumas, como si estuviera lista para que ambos voláramos. Entonces fuimos a la silla y nos sentamos muy cerca. Jamás habíamos estado tan juntos, y eso que yo la había cargado en el instante en que nació, pegándola a mi pecho desnudo para que sintiera mi calidez. Oli se pegó a mí, igual que entonces, como si recién volviera a nacer. El agua estaba tan fría, sólo teníamos el calor de estar juntos. El resto de los *patos* salieron del lago y espantaron a la gente que no dejaba de grabarlos con sus cámaras. Les graznaban violentamente, amenazándolos con sus alas amplias y fuertes. Nadie captó lo que pasó en ese momento. Oli dejó de adoptar una postura de pato y se abrazó a mí como si fuera la niña de antes, la que aún tenía a su madre y a sus amigos y a la que nadie llamaba niña pato. Y sin tratar de esconder nada en ella, incluso obligándose un poco con sus manos a no cambiar la expresión de su cara, me dijo:

—Papi, la extraño.

Yo volví a ser un hombre, su padre de siempre, dejé caer mis piernas hasta la tierra y la arropé. Yo no la abandonaría. La poca luz que llegaba hasta nosotros se colaba en los espacios huecos entre las hojas y las ramas, como si el árbol hubiera dejado al crecer un espacio para la luz de las estrellas, igual que en el corazón de mi hija.

—Si eso te hace sentir mejor, vamos a llamarla esta misma noche —le dije—. Es una promesa.

Oli trató de ver mi cara, pero se distrajo en el cielo que, aunque oculto por las hojas del árbol, seguía brillando tenuemente sobre nosotros como una certeza que ninguna extinción nos arrebataría.

PERMANECER JUNTOS

Durante años traté de convencer a Sergio de acompañarme en unas vacaciones a la playa, pero nunca hubo ocasión. Decía que estaba muy ocupado con su trabajo. Luego, cuando comenzó a equilibrar su vida, sufrió un desbalance que lo alegró: conoció a Fernanda en uno de esos eventos masivos en los que cada quien está ocupado en sus asuntos, y aunque no tenían razones para mirarse lo habían hecho.

Sin explicar muy bien sus motivos, después de mucho tiempo de ignorar mis mensajes, o de espaciar tanto su respuesta que por momentos yo lograba olvidar lo que le había dicho, me escribió para decirme que estaba listo para esas vacaciones que siempre le pedí.

—¿Dónde has estado? —le pregunté—. ¿Acaso no ves el cielo donde estás?

Habían pasado semanas desde el inicio de la lluvia roja en nuestra ciudad, meses de haber comenzado en otras partes. No importaba a dónde quisiéramos ir, nuestro rostro se teñía de rojo, como si en lugar de transpirar sudor expeliéramos nuestra sangre.

—Puedo ver el cielo desde mi estudio, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo —le dije.

Cuando Sergio y Fernanda se casaron, tras un largo y maravilloso tiempo juntos en el que apenas supe de él (primero por el noviazgo y luego por los preparativos de la boda), acabaron por construirse una casa en un terreno en el límite de la ciudad. Si ya era difícil hablar con él cuando estaba cerca, las visitas espontáneas habían disminuido hasta ser casi inexistentes. Se fue de viaje a recorrer el país entero con ella, y apenas con esa llamada supe de él.

Poco después de que construyeran su casa, cuando aún estaba prácticamente vacía y quedaban algunos materiales de

construcción, Sergio me mostró el salón del fondo, que sería su estudio. Había puesto un vidrio resistente en el centro del techo, que dejaba entrar toda la luz y toda la oscuridad. Sergio, que era escultor, decía que no podía trabajar adecuadamente en sus materiales si era incapaz de ver cómo sería su obra bajo la luz del sol.

En el centro del salón puso una pieza pequeña, de metal, para probar el efecto de la luz. Por su tamaño, no noté lo que él dijo sobre cómo la iluminación era tan importante. Sergio llevaba sus guantes rojos de siempre, que hacían que sus manos se vieran toscas, como de soldador; cuando se acercó para tocar la superficie de la escultura, se los quitó.

“Algún día, en este mismo salón, haré mi mejor pieza, y esta misma luz va a ser parte”, me dijo. “No le he dicho a Fernanda que será un regalo”.

“Seguramente le harás una escultura de ti, para cuando te ausentes de casa”, le dije. “A lo mejor así te puedo ver más”.

“Quizás la haga, y mejor te la doy a ti”.

Nunca me lo dijo, pero sospecho que una de las cosas que más tristeza le daba era que todo su trabajo acabara en galerías o museos en donde apenas recibía luz, donde la oscuridad no acentuaba ninguno de los rasgos que él veía tan claramente. La iluminación en los espacios cerrados era siempre un problema. Si acaso alguna galería intentaba recrear la iluminación natural al interior de sus puertas, como Sergio creía que las esculturas lucían mejor, acababa fallando. Él mismo había diseñado un sistema de luces que trataba de replicar el cambio natural de esos claroscuros con el paso de las horas, pero ningún intento humano podría lograr fielmente lo que hace la naturaleza.

Cuando llegué a su casa luego de su llamada, cubierto por un impermeable que sólo dejaba al descubierto mis ojos, Sergio me invitó a pasar y me prestó ropa suya, por si acaso me había mojado. Pese a que seguía seco, me sentía sucio por toda la lluvia roja que cayó en el trayecto.

—¿Cambiaste de guantes? Se ven incómodos.

Sergio me abrazó y sentí en sus manos la dureza del plástico endurecido, grueso. Sus guantes eran rojos de un modo distinto, no como los que yo le conocía, sino como la lluvia de afuera. Pensé que eso debía significar que estaba trabajando con un nuevo material, una pieza única que requería un equipamiento distinto.

Como no me respondió nada, le pregunté otra cosa:

—¿Qué dice Fernanda de toda esta lluvia? —le pregunté mientras me cambiaba en la entrada. Ella estudiaba las algas.

—Ya no dice nada. Pero la última vez que hablamos de la lluvia roja, me dijo que jamás pensó que acabaría con la humanidad.

Sergio tenía una frágil calidez que no era resultado de su tono de voz, más profunda que un locutor anunciando una catástrofe ambiental; tampoco era resultado de su silueta, gruesa de estatura y de complexión; quizá su calidez nacía de alguna cosa que uno aprende a ver con el tiempo y que yo aún no sabía reconocer, algo sin origen, amenazando con romperse tan fácil como se rompe la confianza.

—¿Acabar con la humanidad? Quizá Fer está exagerando un poquito, ¿no crees?

—Mira al cielo y dímelo tú —me contestó.

Acompañé a Sergio hasta su estudio, en donde había una serie de esculturas puestas en bases que, como pedestales, las hacían lucir más altas de lo que eran. Pasó tanto tiempo desde mi última vez en casa de mi amigo, que no pude reconocer casi nada de su trabajo. Sin embargo, había una figura en el centro, junto a un pedestal vacío, más bella que las demás, que me recordaba poderosamente a Fernanda.

—¿Ella te pidió que le hicieras una escultura?

—¿Por qué crees que ella me pediría algo así?

El color que tenía era sorpresivamente rojo, como los guantes que lleva Sergio, como si en lugar de piel tuviera una gran costra de sangre. De un tiempo para acá toda la ciudad lucía así, y apenas me daba cuenta.

—¿De qué está hecha? —le pregunté—. ¿Puedo tocarla?

—No, no puedes tocarla.

Yo me había acercado demasiado, pero me detuve y tan sólo seguí mirándola. Lucía tan frágil, fría por la noche, aunque el rojo hiciera pensar en calor.

—Está hecha de plástico —me dijo—. Por eso luce distinta.

Que mi amigo hubiera comenzado a trabajar con plástico era una novedad, también la respuesta a los problemas que había tenido con la luz. El plástico proyecta de forma dramática la luz que lo toca, con exageración, sin importar si la luz es del sol, de una lámpara industrial o apenas de una vela; tiene un brillo uniforme que desfigura por completo la escultura, la hace ver artificial o monstruosa según la hora en que se le mire. En aquel momento, bajo la lluvia roja que golpeaba el techo de vidrio y la noche, la escultura de Fernanda parecía casi viva de tan triste: una mujer bajo la lluvia, cubriéndose el pecho por el frío, con los párpados apretados por el dolor breve pero constante de las gotas que golpean su cuerpo hasta cambiar por completo el color de su piel.

—¿Puedes ayudarme? Me duelen un poco las manos —me dijo, señalando dos sillas plegables que había dispuesto para fingir que estábamos en la playa, para que miráramos el cielo que se caía a pedazos.

—Jamás pensé que las algas caerían como lluvia sobre nosotros —le dije, mientras desplegaba las sillas.

—Yo jamás pensé que estaríamos hablando de algas cuando llegara el fin del mundo.

La voz de Sergio me parecía lejana, como si ya no supiera qué la animaba ni lo que trataba de decirme. Junté más mi silla a la suya para compensar esa distancia, aunque fuera inútil.

Pasamos un rato sólo escuchando el golpeteo en el vidrio, la lluvia roja que parecía coagularse sobre nosotros, como si fuéramos una herida que necesitaba sanar, algo que cubrir de la intemperie, expuesto, en peligro. Luego, cuando aminoraba la fuerza de su caída, y las nubes entintadas

daban la impresión de estar por disiparse, la lluvia renovó su ahínco, deseosa de cubrir todo con su existencia. Los edificios, las calles, incluso las plantas; el mundo se había vuelto rojizo. A la luz del día parecía que estuviéramos en el suelo marciano de las caricaturas. Se sentía como otro planeta. Antes, Sergio y yo hubiéramos podido ir a la playa y pasar unas vacaciones juntos, pero con el cielo como estaba era imposible. Aunque, a quién quería engañar: incluso si todas las nubes se hubieran despejado y las algas se hubieran extinguido, Sergio y yo no habríamos ido nunca. El problema no era el cielo. No existía esa cercanía que yo quise; ni teníamos los recuerdos que tan ansioso quise crear, como el solitario que fui siempre.

Di un largo suspiro, sin darme cuenta del tiempo que había pasado, o por qué Sergio se empeñaba en que viera la lluvia con él. Miré hacia su mesa de trabajo, hacia el cincel con el que él había tallado toda clase de materiales, dándoles la forma que quería. ¿Qué forma tenía nuestra amistad? Quizás, al decirme que estábamos viendo el fin del mundo, lo que quería que yo entendiera es que con todo lo que estaba pasando se había dado cuenta de que nunca habíamos sido tan amigos, y ahora que su tiempo y su espacio se habían limitado aún más, era momento de despedirse de mí.

Así como arreglaba las luces sobre las estatuas para exponer su luz más favorecedora, así debía de estar calculando cómo decirme. Nadie sabe muy bien cómo romper su relación con un amigo. La mayoría de la gente sólo se aleja, se disipa como una nube sangrienta que un día simplemente ya no sangra y deja espacio para la luz de los días, aunque tú no quieras eso, sino su golpeteo constante, su marca indeleble sobre ti.

—Y dime, entre tanto tiempo con Fernanda, ¿me extrañaste? —le pregunté. No supe si quería que me dijera que sí o, por el contrario, acabar de romper nuestra conversación, acelerar su respuesta y, con ella, el fin, como quien pestañea de prisa en un atardecer, esperando ver cómo aparece la noche.

Pensaba en eso cuando Sergio comenzó a monologar:

—Fernanda y yo estuvimos muy ocupados los últimos meses, lo sé. Lo lamento. Sé que tú querías que nos viéramos y te estuve diciendo que no últimamente, quizás incluso los últimos años. Me apena no saber cuánto tiempo ha sido. Ella había sentido toda su vida que la gente no estaba dispuesta a quedarse, y quise probarle que no era como los demás y me quedé quizás un poco más de la cuenta. Ahora que lo pienso, ambos necesitábamos eso, aunque no de la misma manera. Ella necesitaba saber que no me apartaría de su lado, pasara lo que pasara, y yo necesitaba saber que ella estaba segura de que jamás lo haría. No sé si lo logré.

Ambos miramos la escultura del centro: era la réplica perfecta de Fernanda, salvo porque yo jamás la había visto tan vulnerable y desolada. Era como si sus ojos se hubieran cerrado para no ver a Sergio nunca más. Había en su expresión una clase de dolor obvio e inevitable que no requería verse mucho tiempo para saberse cierto.

—¿Ella te dejó? —le pregunté. Puse una mano en su hombro y traté de acercarme aún más a mi amigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, apenas visibles al principio. Su frágil calidez se había vuelto simple fragilidad. La luz, aunque poca, ya no iluminaba igual su rostro de pronto ensombrecido por la constricción de sus músculos.

—Los últimos meses —me dijo—, cuando más estuvimos lejos de todos, fue porque ella me pidió que la acompañara a las costas del país, a observar de cerca la marea roja y sus estragos.

Sergio me habló de una especie de alga tóxica para el fondo marino. Me explicó sobre la muerte de la vida en el mar, la marea roja; que los ficólogos habían implementado toda suerte de protocolos y tecnologías para ponerle fin: habían dispuesto materiales sobre la tierra cercana a las playas, esperando evitar que los metales contaminaran los mantos acuíferos; utilizaron tecnología que le quitaba a los arrecifes

el alga tóxica, cuidando que no se les pegaran a ellos; incluso entrenaron a una especie de pez para que se las comiera. Estaban dispuestos a extinguir a uno con tal de extinguir a la otra.

—Fernanda estaba muy triste —me dijo—. Fuimos a las playas porque quería confirmar que la marea roja no fuera retirada y puesta sobre tierra común, sin ningún cuidado. Lo predijo. Bromeaba diciendo que sólo un funeral calmaría la ira de las algas, su venganza para con nosotros. Yo no entendía el chiste, ni me causaba gracia. Ella decía que no era un chiste y que no debía de reírme. Los metales pesados y otros compuestos de las algas atraviesan la tierra; cuando éstas son tiradas sin precaución, contaminan el agua dulce de las reservas subterráneas y eventualmente caen sobre nosotros como esta lluvia roja. Nada de lo que hicieron ella o sus colegas funcionó.

Sergio se hundía en su silla plegable como si quisiera volverse diminuto, quizá quebrándose como una escultura rota que se viene abajo por puro efecto de la gravedad.

—“Un día vamos a estar llenos de algas de plástico”, me dijo Fernanda. ¿Lo imaginas? Pero yo no quería imaginar un mar cuya vida fuera de plástico. Si las algas eran capaces de adherirse a los arrecifes de coral, y se reproducían, ¿qué impedía que los arrecifes no fueran poco a poco reemplazados por plástico? Un poco de alga, un poco de plástico, hasta que las algas mismas fueran plástico vivo —me dijo Sergio.

Aquello, por supuesto, era una tontería. Las algas jamás serían de plástico y los arrecifes tampoco se convertirían en plástico.

Sergio se puso de pie y caminó hasta la escultura de Fernanda. Tomó una de sus manos con la suya y se soltó a llorar como si hubiera resistido todo cuanto fue posible; pero si el mundo se había roto, ¿por qué él no?

—¿Qué le pasó? —le pregunté.

Todo su cuerpo estaba sumido en las sombras, parecía que nada podía iluminarlo, ni siquiera el brillo sangriento de Fernanda.

—No estoy bien —me dijo desapasionadamente, sin inflexiones en la voz, sin fuerza; no parecía triste, era como si anunciara el clima. Se limpió las lágrimas en su hombro y alzó su mano hacía Fernanda, luego se alejó un poco, sin quitarse los guantes, sin tocarla—. Las algas aman el oxígeno —insistió—. Se reproducen muy bien gracias a él. Lo que queda de las algas en la lluvia parecía no ser suficiente para preocuparnos. Pero quizá gracias al plástico todo cambió. ¿No te has fijado?

Sergio tomó un cincel que tenía en una mesa de trabajo, y con él atravesó la pared de su estudio.

—¿No te has dado cuenta cómo las cosas han sido reemplazadas poco a poco por plástico, gracias a las algas? ¿No es obvio, gracias a la luz? El plástico no la refleja como el resto de los materiales. No es como el metal o la piedra, o la carne. Cuando creamos el plástico, creamos una forma específica para que la luz exista.

Con ese mismo cincel atravesó uno de sus brazos, sin darme tiempo a tratar de evitarlo. Pensé que llevaba guantes, que de algún modo lo protegerían. Debí darme cuenta que tenía el mismo color de nuestra tragedia colectiva, de la proliferación de un error y, me di cuenta entonces, de nuestro futuro. Eran sus manos, y no guantes, las que vi rojas desde el principio, de duro plástico. Busqué algo para detener la sangre, pero de su brazo no cayeron sino gotas de lluvia roja.

El origen de su fragilidad, que siempre me había cautivado y que siempre me hizo buscar su compañía, no era ése. Aquello era un horror nuevo que no tenía nombre, pero que tenía la forma de mi amigo.

—Mis brazos son inútiles. No pude hacer nada —me dijo.

Sergio se soltó a llorar definitivamente. Lloró tan fuerte que pude notar que no le salían lágrimas, sino una marea roja. Parecía que el acto de lamentarse así le costara sangre,

y me pareció que si las lágrimas siempre hubieran tenido color pelearíamos más por evitarlas; no podríamos disimularlo, no podríamos ignorar la tristeza de otro. Me lamenté por no haber estado ahí para mi amigo, por todos los recuerdos que ya no tendríamos y haber pasado años reprochándole en lugar de comprender su distancia. Me lamenté por haber insistido en estar con él, y no en su felicidad.

Miré la escultura de Fernanda; a Fernanda, en realidad. Me acerqué a ella lentamente, llorando también. No quise tocar mi cara, porque temí que mis lágrimas también parecieran sangre. Toqué la mano de Fernanda y me disculpé en silencio por haber pensado que ella me había apartado de mi amigo. Le había dado una felicidad que yo no sabía que él necesitaba, que creí que ya estaba dentro de él. Sólo ella había sabido verlo.

Ahora, con sus ojos cerrados, Fernanda ya no veía nada. Me pregunté si Sergio había cerrado sus ojos conforme ella se convertía en plástico, o la transformación la encontró dormida. Su dolor, sin embargo, era consciente. Además, había estado de pie. Quizá lo que ella había hecho, la razón por la que se apretó sola el pecho y cerró los ojos, es porque no soportó ver que Sergio la miraba convertirse en plástico, porque no lo dejó tocarla mientras se iba quedando fría y necesitaba abrazarse de algo.

Miré a mi amigo, ya sin poder evitar sentirme destruido también. Él la miraba.

—Ella no quería que la dejara —me dijo—, y yo siempre quise que supiera que no iba a abandonarla. Le pasaron tantas cosas en su vida. La abandonaron tantas veces cuando más necesitó que permanecieran a su lado. Yo me voy a quedar con ella, amigo. Pero supongo que quería despedirme, por todo lo que fallé. Nunca fui lo que tú esperabas. Uno no puede estar para todos como quisiera. Supongo que para ser amigo no sólo fueron inútiles mis brazos. Y me di cuenta de que, así como a Fernanda le estaba dando lo que prometí, también tú lo merecías.

Sergio me abrazó muy fuerte, como ningún abrazo que me hubiera dado nunca. Yo lo abracé de vuelta sabiendo que en sus brazos ya no corría sangre. Fue extraño sentir la plástica frialdad de su cuerpo. Tuve que recordarme a mí mismo que, incluso si yo no podía sentir su calidez, él estaba compartiendo conmigo su corazón.

—Has estado conmigo por tantos años, incluso cuando yo no hacía nada por acercarme. Perdóname. Siempre fuiste un buen amigo para mí.

Cerré los ojos hasta que dejé de llorar. Afuera seguía lloviendo. Las nubes entintadas no irían a ninguna parte. El mundo estaba llegando a su fin. El mundo ya había llegado a su fin, pero no habíamos notado la podredumbre porque el plástico no hiede mientras comienza su degradación. El mundo parecía el mismo, pero el destello de los días había empezado a ser distinto. Sergio debió de notar el brillo de la muerte sobre todas las cosas, así como Fernanda notó el comportamiento de las algas.

Miré a Fernanda y me pregunté cómo se habían dado consuelo en un momento como ese. Entonces agradecí que ellos hubieran estado juntos, para ver lo que ninguno tendría que explicarle al otro. Podían abrazarse así de fuerte sin pronunciar palabra sobre el fin de las cosas, porque ambos lo sentían muy dentro.

Pero yo sí necesitaba las palabras. Todavía lo tenía en mis brazos. Aún podía decirle lo que necesitaba, recibir el consuelo necesario, dárselo si podía ofrecerle eso. Debía ser sincero con él.

—Agradezco que me hayas llamado —le dije—. Extrañaba tanto a mi amigo. Todavía te extraño. Me gustaba oírte hablar de la luz aunque para mí una bombilla se ve igual que el sol, y que nos riéramos cuando te lo decía. Extraño ser la persona que está contigo cuando haces algo que amas. —Era el momento para mostrarle mi corazón bajo la misma luz que iluminaba sus esculturas, expuesto, tal como debía verse—.

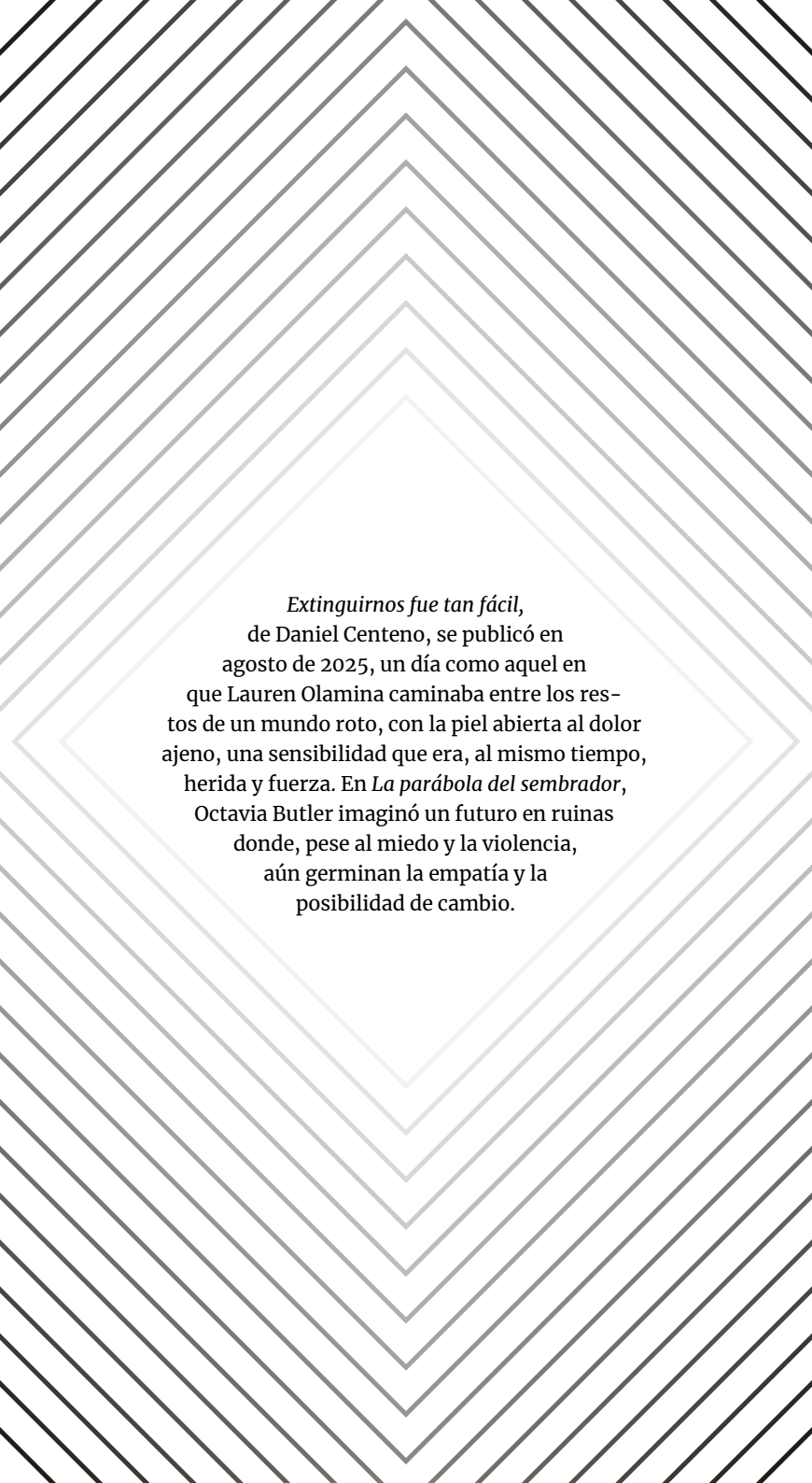
Yo también lo siento. Perdóname por no haber sido el amigo que necesitabas.

Cuando traté de bajar mis brazos, librado del peso de lo que callé hasta entonces, no pude, los tenía entumidos, o quizás era otra cosa. Aparté mi cabeza lo más que pude para ver la expresión de Sergio. Siempre tendría esa expresión, una sonrisa nostálgica llena de arrepentimiento. Me pareció injusto que el dolor fuera tan fácil de preservar, que la vida haga indeleble el sufrimiento, cuando lo que cuesta es la alegría.

Supe que me tomaría horas, que quizá tendría que arrancarme los brazos a mordidas, pero estaba convencido de que debía separarme de él. Quizá, por fortuna, mis brazos ya fueran de plástico también y no me dolería como perder mi carne. Cuando lograra zafarme, movería a mi amigo hasta uno de los pedestales, al centro del salón. Me aseguraría de alzarlo con todas mis fuerzas, para que sus brazos estuvieran sobre los hombros de aquella de quien realmente quiso despedirse.

ÍNDICE

- 6** La culpa en el agua
- 15** La extinción de los patos
- 33** Permanecer juntos



Extinguirnos fue tan fácil,
de Daniel Centeno, se publicó en
agosto de 2025, un día como aquel en
que Lauren Olamina caminaba entre los res-
tos de un mundo roto, con la piel abierta al dolor
ajeno, una sensibilidad que era, al mismo tiempo,
herida y fuerza. En *La parábola del sembrador*,
Octavia Butler imaginó un futuro en ruinas
donde, pese al miedo y la violencia,
aún germinan la empatía y la
posibilidad de cambio.

En *Extinguirnos fue tan fácil*, la extinción no es sólo biológica, sino una herida emocional que atraviesa afectos y memorias. A través de escenarios distópicos —el colapso del agua, la desaparición de los patos, la marea roja—, estas historias muestran cómo la pérdida de una especie arrastra los vínculos más íntimos. Daniel Centeno nos confronta con la pregunta del duelo ecológico: ¿cómo seguir siendo humanos en un mundo que se deshace? Lejos de las soluciones fáciles, aquí se imagina, desde el lamento compartido, una manera de permanecer juntos.

Daniel Centeno (Los Mochis, Sinaloa, 1991) escribe cuentos de *death fiction*. Autor de *Los robots contarán nuestras historias* (Ocelote, 2024), *Rara vez elegimos morir* (Trazos de Aves, 2024) y *No hablaremos de muerte a los fantasmas* (Casa Futura, 2021). Ganó el XXXV Premio Nacional de Cuento Fantástico y Ciencia Ficción y obtuvo mención honorífica en el XVI Concurso Juan José Arreola. Fue becario del FONCA (2017, 2022) y del PECDA (2020).

